

aire embalsamado por el olor de los prados, continuamos el camino hácia Stuttgard, hablando de aquellos asuntos tan dulcemente serios que suelen inspirar un hermoso cielo sembrado de estrellas y el espectáculo de la naturaleza quieta y reposada. Antes de cerrarse del todo la noche habíamos visto á lo lejos á Ludwigsburg y su prision militar que descuella sobre una colina en territorio estremadamente fértil: reclusion dulce si se dejara á los presos respirar el puro aire de la montaña y estasiarse contemplando el vasto paisaje del contorno. A las once de la noche teníamos dispuestas en Stuttgard una pobre cena, camas detestables y tristísimas estancias.

Mientras que en la mañana siguiente hacia yo algunas visitas imprescindibles, los señores Sainson y Raffet recorrieron aquella capital, que como nadie ignora, está dividida en dos ciudades. La mas moderna es notable por la belleza de sus edificios, el crecido número de obras nuevas, y la anchura y limpieza de las calles. La vieja es, por lo contrario, tortuosa y sombría, y tiene las casas tan altas, que los habitantes de los pisos inferiores están privados de aire y de luz. Sin embargo, esta parte antigua conserva muchos edificios preciosos por sus detalles arquitectónicos de estilo gótico. La mayor

parte de las esquinas están decoradas por los bajo-relieves ó pequeñas estatuas que representan casi todos caballeros armados de punta en blanco, figuras muy en boga en el pais, y de las cuales hemos visto muchas de bello carácter que sirven de ornato á las fuentes en los pueblos del Wurtemberg. Con gran frecuencia se encuentran tambien esculpidos en los monumentos públicos, así antiguos como modernos de la ciudad vieja, una yegua con su potro. Una poblacion de treinta y dos mil habitantes se estruja en las angostas callejuelas de la ciudad baja y en las inmediaciones del mercado, que se celebra en una gran plaza y se estiende hasta las calles adyacentes. Esa afluencia de personas no ofreció á nuestro pintor ningun carácter particular, y en verdad que el traje nacional nada tenia notable. El ejército, cuya organizacion se elogia mucho y cuyos oficiales tienen grande reputacion, ocupó el tiempo que dejó libre á Raffet la celeridad de nuestro viaje, y en las inmediaciones del palacio real no le faltaron uniformes. El palacio de Stuttgard, colocado sobre una esplanada, es de arquitectura imponente, y está circuido de magníficos jardines, que por desgracia ninguno de nosotros ha podido recorrer, pues solo hemos tenido tiempo de echar una rápida ojeada á esta capital digna por

muchos estilos de una particular visita. Tomamos otra vez los coches para llegar cuanto antes á Munich, pues el tiempo apremia, y nos hemos retardado de sobra.

El pais que se estiende hácia el sudeste de Stuttgart es verdaderamente admirable: el camino que nos llevó á Ulm lo atraviesa casi por entero; los terrenos cortados favorecen el cultivo, y por todas partes se presentaba á la sazón el aspecto de una abundante cosecha. Despues de pasar muchos pueblos como Esslingen y Goppingen, el pais varia un poco y se hace montañoso. Por la tarde, alguna diferencia en la rapidez, ó por mejor decir, en la lentitud de los tiros ha separado nuestros coches, por lo cual llegamos aisladamente y unos despues de otros á Geislingen, pueblo grande, situado de un modo pintoresco en el fondo de un angosto valle, en donde presentan bellísimo aspecto sus casas altas con los aleros salientes y pintados de rojo, y sus grandes paredes exteriores que se alzan en calles asaz tortuosas para producir mil efectos agradados. Geislingen es un episodio completo y viviente de los tiempos feudales: y es ademas muy creible que las costumbres características de sus habitantes, perezosamente agrupados delante de las puertas esculpidas y adornadas de gruesos clavos,

no han sufrido en los últimos dos siglos variaciones sensibles. Como estamos en sábado hemos encontrado algunas cuadrillas de judíos que segun las apariencias no se ocupan en Wurtemberg tan exclusivamente como en otras partes de negocios mercantiles, y que algunas veces se entregan, cueste lo que cueste, á una alegre y turbulenta borrachera. Es muy notable en Geislingen la prodigiosa abundancia de objetos trabajados en hueso, de los cuales las mujeres hacen un comercio de bastante importancia y sobremanera importuno para los viajeros. Apenas un coche se detiene cuando es invadido y tomado por asalto por esas intrépidas amazonas que aullan en todas las lenguas conocidas la misma é intolerable súplica, y de las cuales no logra uno librarse ni aun comprando á manos llenas los productos de su inagotable industria.

Entre el lindo pueblo de Geislingen y el Danubio se alza un considerable ramal de la cordillera que los geógrafos llaman *Alpes de Suabia*. Hemos ganado sus sinuosidades con una lentitud que atendida la hora de la noche en que estábamos, era muy á propósito para descabezar el sueño.

Hácia las dos de la madrugada y gracias á la claridad de la luna, hemos podido juzgar, aunque al paso, de la fisonomía de la ciudad de Ulm. Si he-

mos de dar crédito á las apariencias y no nos ha engañado la grandiosidad poética que muchas veces desnaturaliza las formas vistas á la vaporosa luz de la luna, esa antigua ciudad debe ser muy interesante para los artistas. En sus anchas calles donde resonaba el estruendo de nuestros coches dibujábanse las desiguales fachadas de las casas en el estrellado cielo y reproducian su vigorosa silhueta en las paredes de enfrente. Acá y acullá algunos góticos campanarios y algunas iglesias de entonación azulada formaban singular contraste con el lustre de las casas barnizadas y el centelleo de los vidrios limpios como en toda ciudad alemana: pero toda esa escena se ha desvanecido muy luego, y algunos instantes despues atravesábamos una campiña rica y despejada que bañaban las aguas del Danubio cuya inmediación adivinamos por la fresca humedad del aire.

Nos amaneció en el territorio bávaro. Ausburgo es seguramente una de las ciudades de Alemania en donde se detendria uno con mas gusto, porque despierta la curiosidad del viajero: mas, quien como nosotros, se limita á recorrer sus desiguales calles y á contemplar á derecha é izquierda sus altas casas adornadas de frescos, debe abstenerse de toda descripción, porque sus observaciones hechas á

escape, están ya confusas y casi borradas cuando llega á la inmediata casa de postas. Los que gustan de describirlo todo pueden apelar á los diccionarios geográficos, libros muy útiles sin duda, pero á los cuales es muy sencillo remitir á los lectores.

Al acercarse á Munich, el considerable movimiento de personas y carruajes de toda especie anuncia la proximidad de una capital, y cuando se ha entrado en su recinto, nada desmiente el merecido rango que esta hermosa y grande ciudad ocupa en el reino de Baviera. Los viajeros saciados de las riquezas históricas que Ausburgo y Nuremberg deben á la edad media, vienen con gusto á descansar su admiración en Munich, y á ver en ella los efectos de un arte moderno que se ha apropiado con mucho tino las severas bellezas del estilo griego. Pocas ciudades hay en el mundo en donde la arquitectura sea estimada como en la capital de Baviera; y seguramente no hay ninguna en la cual las ricas colecciones de objetos de arte, recogidas con un verdadero sentimiento de lo bello, estén con tanta suntuosidad conservadas y puestas cual corresponde en vastos edificios construidos ex profeso y apropiados (cosa tan rara en otras partes) á su especial destino. Por esto no deben á uno admirarle las nuevas y magníficas fábricas con que la ciudad

se ha enriquecido de veinte años á esta parte. Cuando las obras hechas á costa del Estado ofrecen tan hermosos modelos, no es estraño que los particulares sigan ese impulso artístico y adquieran un gusto, cuyo ejemplo viene de tan alto. Así es como se reanima en los pueblos el amor á las artes, y se los hace mas felices comunicando á su modo de vivir y á sus hábitos cierta elegancia que influye en las costumbres públicas y en el bienestar intelectual.

Las calles de Munich no son por lo comun regulares, mas hay algunas cuyo aspecto es sin disputa magnífico y noble. Solo se echa de menos alguna gente, un poco de esa vida animada y bulliciosa que da idea de un pueblo grande y ocupado. Aquí no falta ciudad á los habitantes sino habitantes á la ciudad: pues no le bastan á Munich cien mil almas, que en otra ciudad son mucha gente. Resueltos á consagrar veinticuatro horas al rápido exámen de algunas partes de esta capital hermosa, hácia la tarde nos hemos alojado en una fonda, cuya situacion es escelente para nuestros proyectos.

Al dia inmediato conocimos con cuánta celeridad pasan las horas cuando le detienen á uno á cada instante objetos de interes nuevo. Algunas visitas indispensables nos llevaron una parte de la mañana, y despues de ellas nos apresuramos á trasladarnos

á la galería de pinturas, que ocupa un magnífico local contiguo al palacio del rey. Entrados apenas en aquellas inmensas salas, comprendimos la necesidad de ocupar en ellas todo el dia, y que por falta de tiempo se nos escaparían las demas riquezas de Munich. La coleccion de cuadros que teniamos á la vista es sin disputa una de las mas preciosas, y sobre todo de las mas agradables que pueden darse. Su reunion prueba un estudio y un conocimiento profundos, que honran al rey, quien ha reanimado en Baviera las artes y las ciencias, apreciadas y cultivadas por él mismo con aplauso de toda Europa. Esta galería es rica particularmente en cuadros de la escuela holandesa, que ha enviado crecido número de sus encantadoras obras maestras. En ciudad alguna pueden admirarse mas hermosos retratos de Van Dyck, en ninguna como en Munich es posible encontrar una inmensa sala cuya estension llena toda toda entera el genio de Rubens: y en verdad que esta parte de la coleccion es la mas atractiva por cuanto ofrece una exactísima idea del talento tan rico como fecundo del grande maestro. No es mi objeto enumerar todos los maravillosos lienzos cuya contemplacion nos ha detenido y encantado durante tantas horas; mas puedo decir, como un sincero elogio de los arquitectos autores de la suntuosa ga-

lería de Munich, que en cuanto á la excelente distribución de la luz no hay en Europa ningun museo con que éste sea comparable. Las espaciosas salas en que están los cuadros de grandes dimensiones reciben la luz por la parte superior; y los cuadros pequeños, preciosas joyas del arte, cuyo encanto depende muchas veces del modo mas ó menos favorable como están colocados, se hallan en una larga serie de gabinetes que se estienden paralelos á las salas, y están iluminados de suerte que pueden sufrir el mas minucioso exámen.

Al salir del rico museo no ha podido menos de llamar nuestra atención un objeto viviente, muy curioso en su género y muy en armonía con el lugar y con el destino que le han encomendado. Al entrar no hicimos alto en el conserje que custodia el majestuoso vestíbulo de las galerías; mas á la salida, y cuando uno de nosotros se acercó á su persona toda cuajada de galones y de oro, observamos, con no poca sorpresa, las gigantescas proporciones de aquel Goliat. Ese coloso, que tiene cerca de siete piés, está sin embargo conformado de manera, que á despecho de sus fabulosas dimensiones, se dibujan sus músculos con la misma exageración que caracteriza al hércules Farnesio. El honrado gigante gozaba, no sin orgullo, de nuestro pasmo y res-

pondia á nuestras preguntas con una agradable ingenuidad que revela su carácter dócil y bonazo.

Una rápida visita al museo de escultura, edificio de rara perfección, y destinado á las colecciones de estatuaria, nos ha permitido apreciar las riquezas de remota antigüedad que el gobierno bávaro ha adquirido recientemente. No puede darse cosa mejor dispuesta que esta bella galería, ni adornada con gusto mas puro y mas apropiado á su destino.

Un corto paseo por los hermosos jardines del palacio nos ha bastado apenas para formar idea del conjunto de esa residencia real. El único día consagrado á tan interesantes observaciones se acababa demasiado pronto; mas ha sido indispensable darnos prisa y tomar otra vez el camino de Viena, en donde desde mucho antes debían aguardarnos los compañeros dispuestos á participar de nuestras lejanas escursiones.

En el punto en que amanecía entramos en los Estados del imperio por Braunau, ciudad pequeña y singularmente regularizada, puesto que se compone de una sola calle, bastante larga y de considerable anchura. En cada extremo se levanta una antigua puerta con una torre encima; dos fuentes de estilo pintoresco están simétricamente colocadas en

el eje de esa espaciosa calle, cuyas casas tienen pocas ventanas cerradas con celosías á la española. Los tejados, cuya pendiente se dirige á la parte posterior, no se ven desde la calle; de suerte, que Braunau se parece mucho á una ciudad turca. Allí los aduaneros austriacos han registrado nuestro equipaje con pronta y obsequiosa tolerancia.

A pesar de la desesperadora lentitud de los postillones austriacos, á quienes ni las amenazas ni las súplicas obligan nunca á que hagan trotar los caballos en la mas suave cuesta, hemos ido dejando atrás las lindas y animadas ciudades de Nildorff, Ried y Unter-Haag, y nos hemos detenido un instante en Lambach, pueblo grande, y bien situado que domina un rio, cuyas aguas no lejos de allí y delante de Linz van á confundirse con el Danubio. Poco antes de cerrar la noche nos paseábamos por la plaza de Ens, la antigua Anitia, que dá su moderno nombre á uno de los rios que desaguan en el Danubio. Mientras aguardábamos los interminables preparativos de la mas frugal cena, tuvimos tiempo de contemplar una gran torre cuadrada que se levanta sola en medio de aquella llanura. Esa torre que tiene un arco en la parte inferior parece haber sido simultáneamente puerta y torre cuando la ciudad de Ens menos estensa, estaba, como la ma-

yor parte de las plazas inmediatas, defendida por una muralla y cerrada por los dos extremos. Tal como se encuentra hoy ese monumento es todavía notable. Casi toda su fachada está cubierta de frescos: un enorme cuadrante, que se ve á distancia de una legua, señala las horas, y en la parte inferior de la torre hay gran profusion de inscripciones latinas. Una de esas leyendas que revela la época precisa de la construccion del edificio, nos hizo saber que fué comenzado en 1544 y concluido en 1548. Otra leyenda resume en dos dísticos la historia de la ciudad, que se levantó sobre las ruinas de otra antigua, á la cual los dos evangelistas S. Marcos y S. Lucas fueron en persona á revelar las verdades del cristinianismo. Los dísticos que hemos copiado para conocimiento de las personas á quienes interesa la latinidad del siglo XVI, dicen de esta manera:

Aspicis exiguam nec magni nominis urbem,

Quam tamen æternus curat amatque Deus;

Hæc de Laureaco reliqua est: hic Marcus in oris

Cum Luca, Christi dogma professus erat.

Aun antes que la cena vino la oscuridad á interrumpir nuestro exámen, y á poco tiempo nos entregamos al prudente tiro de la posta, el cual du-

rante la noche no nos hizo atravesar mas allá de unas diez leguas de Francia, que se correrian en tres horas en una silla de postas rusa. Por fin, hácia las ocho de la mañana del 27 de Junio llegamos á Mölk, y á su magnífico monasterio muy bien colocado sobre el Danubio que domina en una estension muy grande. Viven en él un regular número de monjes benedictinos y gozan de todo el devoto bienestar de la antigua vida monástica, propia de las órdenes dedicadas al estudio. Cuando Napoleon fué á Viena en 1809, se alojó en ese monasterio, y dijo muchas veces que era el lugar para él mas agradable entre cuantos habia recorrido en el mundo de sus conquistas. Efectivamente, ese edificio, semejante á un nido de águilas colocado en las nubes, era forzoso que gustase á aquella imaginacion gigantesca. En el pavimento de madera de una de sus salas que hoy sirve de locutorio nos enseñaron los vestigios de cartas quemadas por ese grande hombre. Las cinco de la tarde eran cuando un movimiento desusado, espesas nubes de polvo, una multitud de carruajes, de mujeres elegantes y de ginetes que lucian su garbo nos anunciaron que Viena estaba cerca. Entramos por fin en esta hermosa capital, y despues de un trayecto de una hora por el interminable arrabal, llegamos al aloja-

miento ya mucho antes preparado. Desde este punto fué completa la reunion de las personas que debian acompañarme.

Los caballeros que me aguardaban tuvieron el tiempo necesario para visitar detenidamente á Viena, y los hallé muy satisfechos en particular de las riquezas científicas. Complacianse muy mucho en tributar justos elogios no solo al eminente mérito de los sabios con quienes estuvieron en contacto, sino tambien á la política y obsequiosa correspondencia que habian encontrado en toda clase de personas. En esa larga temporada no descuidaron las diversiones compatibles con sus estudios. Me pareció que estaban enamorados de la fisonomía risueña, activa y bulliciosa de Viena, que nadie tomaria por una ciudad alemana, sobre todo fijándose en su ruido, su movimiento y su necesidad de diversiones y placeres. Cada tarde de esa hermosa estacion despierta la misma ansia por el paseo, por las fiestas, por la música, y en particular por ese seductor wals que Strauss dirige á la cabeza de su orquesta. Fuera del recinto de la ciudad, propiamente dicha, están los jardines públicos, en donde los habitantes van á respirar el fresco. No puede darse cosa mas agraciada que aquellas lindas jóvenes cuyo caprichoso traje revela indecible gusto.

Mientras que las luces brillan en las hojas de los jardines, y que la música estimula la alegría popular, la aristocracia pasea en silencio por las admirables masas de verdura del Prater, hermoso y melancólico bosque, en donde no pocas veces se ven ciervos y corzos que asustados, arrostran la hilera de brillantes coches y echan á correr atravesando las anchas calles de árboles.

A la vuelta de ese paseo hay costumbre de detenerse en el Graben, larga plaza colocada en el centro de la ciudad y en donde descuellan dos fuentes de estilo grandioso. En esta plaza, alineados los coches cerca de los cafés, permiten á los paseantes acabar la velada en buena conversacion y sin moverse del carruaje. Durante tres dias tomamos nuestra buena parte en esas diversiones y en esa agradable incuria que nos disponia para muy inmediatas fatigas. Cuando las ocupaciones y los últimos preparativos á que consagramos muchas horas de la mañana, nos dejaban alguna libertad, hacíamos nuevas é interesantes escursiones. Schoenbrunn, sus comidas debajo de los árboles, sus majestuosos jardines y su rica casa de fieras nos ocuparon casi un dia entero. Paréceme que sin ser demasiado severo puede criticarse el plan circular de esa casa, en donde cada especie de animal está en un cerca-

do, y estos se hallan tan distantes uno de otro, que la visita general se convierte en largo y fatigoso paseo. No quisimos salir de ese lugar sin tomar parte en la diversion de las montañas rusas que están en un lindo jardin no lejos de Schoenbrunn. Al fin, rematadas nuestras disposiciones, merced al benévolo agasajo de todas las personas con quien estaba relacionado, y resueltos á probar por nosotros mismos la navegacion del Danubio, tomamos billetes para uno de los buques de vapor de la compañía establecida en Pesth; y dejando para los ocios de la vuelta una visita y una descripcion de la hermosa capital de Austria, dí la señal de la partida.